

de ver estos hechos. He ahí la trascendentabilidad. Nada vale que el autor diga esto o aquello sobre el fin y la intención intrascendentes de su obra. Bajo la apariencia somera de los doce cuentos de este libro, en los que Salcedo caricaturiza otros tantos aspectos de la vida, bajo su pretendida frivolidad, hay un fondo inmensurado, de donde emergen precisamente las burbujas momentáneas del humorismo.

Y no sólo el aspecto social de la vida resulta caricaturizado en este Anecdotario de la Frivolidad. También, indirectamente, el enjundioso y general modo literario de considerar hechos como los tratados en él. Cuentos como *El Bailahuén*, *Un Hombre previsor*, *Perlita Plymouth*, y otros, que aquí están contruídos con cuatro líneas primordiales, podrían resultar monumentales cuentos en manos forjadoras de complicadas tramas, o en arquitectos del estilo.

Pero, a pesar de la simplicidad de la forma y de lo limitado de la proporción, y a pesar de todos los peros y reparos que se pudieran oponer, hay en estos «frívolos» relatos de Salcedo la sal y pimienta necesaria para darles sabor y calor dramático.

Son cuentos ligeros, en suma, casi diríamos descuidados, intencionadamente descuidados; pero interesantes y agradables de leer; y como consecuencia, es agradable el suponer que, si Julio Salcedo quisiera, podría, con un poco más de prosopopeya y sin apartarse de su ingénito humorismo, darnos obras de más sólida y armónica trabazón.

Más que justo, justiciero y efusivo—como todo lo suyo—el prólogo de Luis Durand.—*Gmo. Koenhnenkampff Cisternas*.

## NOVELA

«GENTE MEXICANA», de *Xavier Icaza jr.*

Daniel Cosío Villegas nos da en el prólogo a estas novelas, algunas informaciones sobre el autor de *Panchito Chapopote*.

«Conocí al autor cuando llevaba dos años de publicada «Dilema». Entonces, con entusiasmo, me hablaba de sus próximas

novelas y de sus estudios de la técnica. Esto singularmente le interesaba. Era un verdadero gimnasta de la novela. Al paso que leía, hacía disecciones, análisis y comparaciones. Algunas veces no se contentaba con esto, sino hacía breves resúmenes escritos de las novelas de sus autores favoritos, para ver claramente cómo se enamoraban los personajes, cómo se alejaban y cómo volvían a juntarse. Era ni más ni menos, como si un escritor de comedias tuviera frente a sí un teatro en pequeño en que hiciera aparecer realmente a sus fantoches, haciéndolos conversar, cortejarse o detestarse.

Me parecía un poco erróneo el camino que había escogido Icaza para mejorar sus novelas. En su apartamento en Xalapa, releía constantemente a sus maestros: Goethe, Tolstoi, Nietzsche, Stendhal. Trazaba argumentos y desarrollos o los rehacía. Redondeaba sus personajes, pulía su estilo, y en toda su vida había ansia de observación».

Xavier Icaza es un escritor que se preocupa del estilo, de la forma. Esto constituye hasta cierto punto una excepción, tratándose de escritores de la Revolución Mexicana o que tocan de cerca esos temas, como en el caso de Icaza.

El presente volumen trae tres novelas cortas: «Unos nacen con estrella...», «La Hacienda», y «Campo de Flores».

En «Unos nacen con estrella...» toda la acción se desarrolla a través de la vida de un paria provinciano. Una especie de esclavo de un señorito rico, que después se hace jefe revolucionario arrastrando a su criado a extrañas aventuras. Toda la capacidad de sufrimiento y miseria de que pudo ser capaz un esclavo de encomienda, se suma en este pobre Elías López, que según la opinión de su patrona, doña Gertrudis, es como los colchones «que sólo están buenos a fuerzas de varazos».

Siguiendo las penurias de Elías López, uno toma contacto con algunos episodios de la Revolución de Madero, Francisco Madero, o para doña Gertrudis, simplemente: Panchito. «Doña Gertrudis estaba estupefacta: conocía a Madero, a Panchito, como le llamaba: apenas hacía dos años que fué su huésped, había ido a tratar con ella de asuntos guayuleros; ¡quién lo hubiera creído! tan ocurrente, tan servicial! Recordaba que había

curado a muchos de sus peones por la homeopatía y que, al cerrarse satisfactoriamente el negocio le había obsequiado un botiquín para la hacienda; por cierto, que todavía se utilizaba... y, ahora, convertido en revolucionario, en héroe nacional, ¡qué cosas se ven en este mundo!»

Este Elías López no es un sub-hombre, más bien es un pobre hombre, y hasta tiene sus virtudes: casto, trabajador, cumplidor de su deber. Su único defecto es que le falta coraje, gallardía, hombría; y esto en el México de la revolución resulta fatal.

Después de la muerte de su protector y amo, Elías se ve obligado por las fuerzas revolucionarias a trabajar en un correo de provincias, y siguiendo su destino se deja explotar brutalmente por su nuevo jefe, quien hasta le quita el sueldo. Después de cada movimiento revolucionario, el pobre Elías López resulta más atropellado. Su única ilusión, que nunca se cumple, es la de llegar a ser director del correo, para poder leer las cartas impunemente. En el último capítulo queda botado en un camino bajo una lluvia violenta, mientras dos perros lo lamen y le comen las piernas.

La segunda narración que presenta este libro es «La hacienda». También en esta novela nos pinta Icaza a un hombre que es tratado injustamente por la revolución. En este caso no se trata de un desgraciado sino de una persona en la que se juntan una serie de cualidades y dones envidiables; Oscar Villalba es inteligente, rico, generoso, de buena presencia y recién casado con una hermosa mujer. Villalba posee una gran hacienda: «La San Cristóbal», y es muy querido por sus inquilinos. Cada vez que soplan vientos revolucionarios, le regala algunas tierras a los más rebeldes y los organiza en equipos de base-ball, para distraerlos. La acción en esta novela comienza cuando Oscar Villalba se dirige, a pesar de los ruegos de su joven esposa, a arreglar algunos asuntos en su hacienda y a apaciguar a unos pocos revoltosos.

Todo lo que pueda haber de resentimiento, de baja pasión, de envidia o impotencia, en un elemento pseudo-revolucionario lo sintetiza Icaza, en Raúl Ferrás, el otro personaje. Ferrás no podía soportar a un hombre tan bien plantado en la vida como

su ex-condiscípulo Oscar. Todas las humillaciones que había sufrido en su vida de advenedizo sin suerte, tenía que pagárselas alguien, y el indicado es Oscar Villalba. Con esta decisión llega Ferrás a la hacienda de Villalba a predicar doctrinas de reivindicación social a los indios que cultivaban tranquilamente la tierra:

Ferrás logra convencer a los peones de que ellos son los únicos dueños legítimos de la tierra, y que los dueños actuales usurpaban esos derechos. Llega Villalba a su hacienda y se produce el choque inevitable entre él y sus rancheros leales, y los revoltosos comandados por Ferrás. Villalba es asesinado.

Icaza se nos muestra aquí como en su *Panchitò Chapopote* un agudo novelador en ciertos aspectos de la realidad social mejicana. En «Gente Mexicana» sólo recoge algunas injusticias del movimiento revolucionario, injusticia para el paria y para el hombre de valer. Es el eterno problema individual que no pueden resolver los movimientos colectivos, sobre todo en su momento inicial.—*Juan Uribe-Echevarría*.

#### VIDA DEL AHORCADO, de *Pablo Palacio* (1).

El autor subtitula su obra: «Novela subjetiva» y en ella coloca sus fantasías sueños y pesadillas. Sin embargo esta novela tiene un argumento, argumento que aparece aquí y allá, saltándose los capítulos, sin dar la impresión al lector, de que está sucediendo algo.

Fernando Vela, el discípulo de Ortega y Gasset, en un estudio sobre el suprarrealismo, informa que esta escuela literaria tiene un «bureau general» encargado de controlar todas las vivencias extrañas de los escritores suprarrealistas. Gran parte de esta novela de Pablo Palacio podría enviarse a ese «bureau».

Andrés Farinango es el amante de Ana, un amante irresoluto

---

(1) Quito.—Ecuador. Talleres Nacionales. 1933.